

# EL ALBUM DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO SEMANAL.



Gratis á los suscritores del DIARIO DE BARCELONA. — Un número suelto un real.



Los zapatos del gran Corneille.

## SUMARIO.

LOS ZAPATOS DEL GRAN CORNEILLE, por M. Pablo de Lascaux.

MADAMA DE POMPADOUR EN COMPIEGNE Ó LA SOBRINA DE POUSSIN, por A. de Bast.

VIAJES: DIARIO DE UNA INSTITUTORA EN RUSIA, por la señorita Maria Néville.

FÓRMULAS: Blanco excelente para los brazos y cara.—Para hacer desaparecer las manchas encarnadas y los granos de la cara.—Modo de hacer coral artificial.

## LOS ZAPATOS DEL GRAN CORNEILLE.

POR M. PABLO DE LASCAUX.

I.

En una mañana de otoño del año 1680, el gran Corneille advirtió al vestirse que sus zapatos iban á abandonarle como lo habían hecho ya la mayor parte de sus amigos.

Este descubrimiento sumió al trágico en una profunda tristeza, y se puso á examinar sus zapatos con una atención sostenida; pero cuanto mas miraba, mas y mas se convencía de la realidad de su desgracia. Las suelas se separaban del cuero, y este presentaba largas aberturas que permitían á la mirada menos perspicaz penetrar en su interior; finalmente, los desiguales tacones amenazaban una próxima é irrevocable fuga. Para colmo de desgracia caía una lluvia copiosa, y las calles estaban

cubiertas ya de ese lodo negro y líquido que solo se encuentra en París. El mas infimo horterero de la calle de San Dionisio se hubiera consolado en el acto sustituyendo con otros zapatos los que ingratamente le abandonaban, pero el poeta no podia hacer otro tanto por la sencilla razon de que solo tenia un par.

El agujon de la necesidad causa con el tiempo profundas heridas; las personas verdaderamente fuertes las sufren sin quejarse, pero las débiles se dejan por el contrario dominar por el desaliento—dolorosa enfermedad del alma—y muchas veces sucumben.

Corneille aceptaba con una resignacion digna de mejor suerte los mil sinsabores de la indigencia, y cuando hubo pasado el primer momento de terror, se calzó como pudo y salió sin hablar á su familia de este nuevo capricho de la suerte para él tan rigurosa. Después de haber dado algunos pasos por la calle, el poeta habia olvidado ya su cuita con esa indiferencia sublime que nunca estará al alcance de los necios, cuando una sensacion de frescura le obligó á reconocer la verdad de su situación; habia paeosto el pié en un charco de agua sucia, distraido por su meditacion, y sus mal abrigados piés se habian calado horriblemente.

¿Qué podia hacer en trance semejante? No debía vacilar si trataba de evitar una pulmonía, y el gran Corneille no vaciló; se acordó de que habia en la vecindad un zapatero, y se

dirigió cojeando hácia la tienda del hombre que le pareció en aquel momento mas impotente que los cuarenta académicos reunidos.

Cuando el poeta entró en la modesta morada de Taupin— así se llamaba el zapatero—se hallaba este ausente y se presentó una jóven para recibir el recado. Al ver á aquel anciano que tenia entonces setenta y cuatro años, la hija de Taupin se apresuró á ofrecerle un banquillo y á decirle que se tomase la molestia de esperar porque no iba á tardar en volver el maestro. El gran poeta se sentó, y el que tantas veces se habia sentado en casa de los grandes de la corte, el que habia merecido ser recibido en Versailles por S. M. Luis XIV, hizo antesala en la tienda, ó por mejor decir, en el chiribitil de Juan Taupin.

La jóven entraba y salía, y Corneille pudo contemplarla despacio.

Era una graciosa muchacha de unos diez y ocho años; aunque de pequeña estatura y de mezquina apariencia, se adivinaban en ella todas las gracias de la mujer; su rostro ofrecía una mezcla de finura y de amabilidad, y sus ojos lanzaban miradas penetrantes y cariñosas; algunas trenzas de magníficos cabellos rubios salían por debajo el pañuelo que cubría su cabeza, y revelaban toda la hermosura de una rubia con ojos negros. Una bienhechora sonrisa se granjeaba la simpatía á la primere mirada, y el poeta la contemplaba con placra y envidiaba la suerte de su padre, cuando le

apreció ver unas lágrimas discretas sobre sus mejillas llenas de frescura juvenil, y que la jóven no se las enjugaba. ¿No era aquel llanto indicio de la borrasca que bramaba en su tierno corazón?

La edad concede privilegios, y acordándose de esto el anciano, tomó de la mano á la jóven con franqueza y le preguntó:

—¿Por qué llorais, hija mia?

Ciertos rostros tienen el don de ser simpáticos para el que los ve, como ciertas palabras el don de encantar al que las oye. Marta, que así se llamaba la muchacha, miró á Corneille, y seducida por su ancha frente, su mirar radiante de genio y su perfil grave y sublime, respondió sin vacilar:

—¡Ah! si supieseis cuán terribles son mis penas no os extrañaría mi llanto!

—Penas á vuestra edad! respondió el poeta; ¿qué apostais á que las adiyino? El amor os arranca esas lágrimas.

Marta se ruborizó, pero su interlocutor no lo advirtió, ó aparentó no advertirlo, y continuó diciendo:

—Contadme vuestros pesares, hija mia; tal vez no me hallo en posición de hacer nada para suavizarlos, pero trataré de consolaros... A veces se puede dar un consejo útil. Y además, nada debéis temer; los ancianos no son indiscretos...

Al oír estas palabras, las lágrimas de Marta se convirtieron en sollozos, y convenciéndose el autor con su perfecto conocimiento del corazón humano de que era imposible á la jóven en su situación ser la primera en hablar, le arrancó con sus preguntas la confianza que esperaba.

—¿No es digno de vos, hija mia, el amante que habeis elegido? le preguntó.

—¡Oh! sí señor, respondió vivamente Marta apesadumbrada con esta duda; es German Bernois...

Corneille se sonrió; no conocía á M. German Bernois, aunque Marta creía que bastaba pronunciar su nombre para excusar su amor.

—¿Cuál es la profesión de M. German Bernois? preguntó el poeta.

La hija de Taupin miró al preguntador con asombro.

—Es el mancebo mayor de M. Leclerc, respondió.

—¿Y quién es M. Leclerc? preguntó de nuevo Corneille sonriendo.

Aumentóse el asombro de Marta al oír esta pregunta.

—¿No sois acaso del barrio? dijo la jóven retrocediendo con desconfianza; ¿no conocéis al primer comerciante de paños de París?

—Soy del barrio, respondió el anciano reconquistando con la dulzura de su acento la simpatía de Marta; pero me ocupo muy poco de mis vecinos, y ya podreis conocer por mi traje que tengo escasas relaciones con los comerciantes de paño. Pero hablemos de German Bernois. ¿No os ama pues, y os hace llorar su desden?

—El... no a marme! exclamó Marta indignada... ¡Ah! todo lo contrario; unos momentos antes que vos llegaseis me decia que su amor solo acabaría con su vida...

—¡Ah! ¿estaba aquí hace poco, y mi presencia tal vez le ha hecho huir? dijo Corneille. La jóven hizo con la cabeza un movimiento afirmativo...

—¿Luego es el que he visto correr por la calle y que casi me ha derribado? ¡Y qué prisa llevaba!... Y ahora que recuerdo, me ha parecido un buen mozo M. German Bernois...

Un subido carmin inundó las mejillas de Marta, y brotó una sonrisa de alegría de sus labios de rosa.

—Los viejos llegan siempre para estorbar á los enamorados, añadió el poeta. ¡Pobres muchachos! ¡cuántas y cuán tiernas cosas debían decirse, y que mil veces se habian dicho ya!...

Después reflexionó un momento y continuó:

—¿Por qué llorais pues si M. German Bernois os ha hablado de ese modo?

—Porque nunca seré su esposa, respondió Marta sollozando.

—Nunca! repitió Corneille. La juventud tiene demasiadas ilusiones para creer en tan triste palabra. M. German Bernois es un buen muchacho ¿no es cierto?

—¡Oh! sí señor, respondió Marta...

—Y vos sois una jóven honrada; ¿por qué pues esa desesperación?

—Yo no desespero, pero estoy convencida de que nuestra union es imposible...

—Imposible! repitió el poeta; hé aquí otra palabra que S. M. el rey ha borrado del diccionario. ¿Cuáles son las graves razones que os inducen á pronunciarla?

Marta no comprendió la pregunta, pero respondió con tristeza:

—No me casaré nunca contra la voluntad de mi padre.

—Y teneis razon, hija mia; pero vuestro padre es un buen hombre, os ama, sois una muchacha digna de su cariño, y consentirá en vuestra union. ¿Le habeis hablado?

—No señor, respondió Marta casi temblando.

—Pues bien, dijo Corneille sonriendo, ¿por qué prejugais su voluntad?

—Sé lo que piensa mi padre, dijo la jóven despues de haber meneado la cabeza, y cuáles son sus ideas relativamente á su yerno.

—¿Y cuáles son sus ideas? preguntó el anciano.

—Mi padre quiere en primer lugar que mi marido sea laborioso...

—¿No lo es acaso M. German Bernois?

—¡Oh! sí señor, respondió vivamente Marta.

—Pasemos á otra cualidad..... Sobrio... ¿No lo es tambien M. German?

—Sí señor, nunca va á ninguna taberna.

—Muy bien!

—Tiene talento... continuó Marta.

—Su eleccion prueba que lo tiene, dijo el poeta sonriendo y haciendo ruborizar á Marta. ¡Caramba! El señor Taupin quiere un fénix. No lo entiendo, añadió para sí mirando á la jóven.

—Finalmente, mi padre quiere...

—¿Qué quiere vuestro padre? dijo Corneille viendo que Marta vacilaba.

—Que su yerno cuente con algunos medios.

—Tiene razon, tiene razon! dijo el poeta; no habia caído en eso. ¡Pues no es poco previsor el señor Taupin!

Y una sonrisa de tristeza vagó por los labios del anciano. El gran poeta no habia pensado nunca tan seriamente en las necesidades de la vida como el zapatero Taupin, y quedó asombrado como Marta de la exorbitante pretension del artesano. La inquietud que le causó este asombro ató su lengua, pero dió á entender con sus miradas, su ademán y sus movimientos que preguntaba si M. German no contaba con medios. Su fisonomía fué tan elocuente que la jóven adivinó la pregunta.

—¡Ah! no señor, respondió exhalando un profundo suspiro y vertiendo otra vez dolorosas lágrimas; M. German es un huérfano protegido desde niño por M. Leclerc; se ha dedicado al comercio y será ciertamente capaz de dirigir un establecimiento con el tiempo, pero nunca tendrá dinero suficiente para comprar una tienda, y se verá obligado á continuar en la humilde condicion de dependiente.

—Pero ¿es mas rico acaso vuestro padre? dijo ingenuamente Corneille lanzando una mirada á los muebles de la mísera tienda; y sin embargo se casó y es feliz...

—¡Ah! precisamente porque somos pobres no quiere mi padre ver á su yerno luchando con la miseria.

—La miseria! la miseria! repitió el poeta; ¡qué palabra tan horrible!... y qué cosa aun mas horrible! Sin embargo, no hay que desanimarse, hija mia... la resignacion es un dique que no salta tan fácilmente la desgracia. Cuando se tiene vuestra edad debe esperarse todo de la bondad de Dios y de la generosidad humana. ¿Quién sabe? tal vez llegue un dia en que os establezcáis en una tienda elegante y bien surtida, hagais pingües negocios, y os llamen en todo el barrio la hermosa pañera.

Revelaba tanta sinceridad el acento con que Corneille pronunció esta frase, que la hija del zapatero se sonrió de placer; la juventud es tan inclinada á creer en la dicha, que acepta sus augurios sin detenerse en profundizar lo que puede haber de verdad en una promesa...

—¡Ah! si yo fuese rico! dijo el poeta con pesar; ¡qué placer tendria en realizar tan hermosa ilusion! Pero desgraciadamente...

No acabó la frase... su rostro tomó una ex-

presion de extraña tristeza, y aquel anciano, que sobrellevaba tan resignadamente su propio infortunio, sintió que se le desgarraba el corazón al saber el pesar ageno. Marta reparó en el rostro del poeta, le enterneció tan vivo interés y le preguntó poniéndose á su lado:

—¿No tenia razon de llorar? Y volviéndose hácia la puerta, exclamó: mi padre! Se retiró entonces con la presteza de una ave, y continuó sus habituales ocupaciones.

## II.

Aun no sabia Corneille el motivo de aquella fuga, cuando llamó su atencion la llegada de un nuevo personaje. Este era Juan Taupin, quien lanzó una mirada inquisidora por la tienda, y que al ver al poeta quedó estupefacto y puso respetuosamente la gorra sobre la mesa.

—Perdonad si os he hecho esperar, caballero, murmuró tímidamente.

Al oír hablar así á su padre y al reparar en su emocion, Marta se acercó con la sorpresa retratada en su semblante. Juan Taupin no parecia el mismo delante de Corneille, pues siendo por lo regular jovial, franco y bromista, permanecía en pié, casi tímido, como si se hallara delante de uno de los señores mas influyentes de la corte. Un pintor pudiera haber hecho un hermoso cuadro de esta escena. En primer término, á la izquierda, se dibujaba la figura de maese Taupin en una actitud que denotaba contemplacion y en cierto modo embarazo; á pocos pasos de él, Corneille, con su aspecto bondadoso, estaba sentado y parecia esperar con impaciencia que el zapatero acabase de observarle; un pálido rayo de sol que atravesaba la lluvia iluminaba el rostro del poeta, y en el fondo, Marta, agitada aun por las diversas emociones que acababa de sentir, permanecía atenta é inmóvil, y algunas lágrimas furtivas humedecian sus sedosos párpados.

—Os necesito, dijo Corneille bruscamente dirigiéndose á Taupin.

—Estoy á vuestras órdenes, respondió el zapatero recobrado algun tanto de su sorpresa.

—¿Podreis componerme mis zapatos? preguntó con timidez el poeta.

Taupin dirigió una mirada profunda, una mirada de inteligente, á los zapatos del anciano, y despues de mover la cabeza con ademán de duda, respondió:

—Lo probaré.

Corneille se descalzó y se puso en actitud de esperar con paciencia que se acabase la obra. El padre de Marta se puso su delantal de cuero, aseguró con el tirapié el zapato sobre las rodillas, enceró el hilo y empezó á trabajar. Marta habia tenido el cuidado de extender un pedazo de tela de lana sobre el suelo para que el anciano no se costipase, y con el pretexto de arreglar la tienda, se preparó á escuchar con atencion para no perder una palabra de lo que hablarán. Pronto quedó satisfecha su curiosidad, pues su padre, que habia recobrado la serenidad, dijo de pronto:

—¿Es verdad, caballero, que habeis dejado el palacio de Borgoña y que ya no haceis obras maestras?

Corneille quedó tan estupefacto al oír esta pregunta que estuvo algunos minutos sin responder. Marta se habia acercado y le miraba tímidamente á hurtadillas.

—¡Qué triunfo! ¡qué triunfo! añadió Taupin; ¿quién me habia de decir cuando ví el *Cid* que un dia llegaría á tener el honor de hablar con el gran Corneille?

Al oír este nombre, Marta lanzó una exclamacion y bajó los ojos, temerosa de encontrar con la suya la mirada del célebre poeta; recordaba que un momento antes el autor del *Mentiroso*, del *Cid* y de *Cinna*, se habia dignado tomar parte en su dolor, y se arrepintió de haber abusado de su benévola sencillez. Saboreaba él silenciosamente y con delicia los dulces goces de la nombradía, y parecia olvidar la triste situación en que se hallaba, con un pié calzado y el otro descalzo... Taupin, inclinado sobre su obra, trabajaba con afán; el buen hombre estaba confuso al ver á Corneille esperando, y la honrosa miseria del es-

eritor entristecía mas vivamente el corazón del artesano que el del poeta.

En aquella época la reputación de Corneille estaba en su apogeo, y tanto en las tiendas como en los palacios, sus obras y su nombre eran de todos conocidos. Durante las persecuciones del cardenal Richelieu *todo París miró á Gimena con los ojos de Rodrigo*, y no es extraño que Taupin hubiera conocido á su ilustre vecino.

—¿Sois aficionado al teatro? preguntó Corneille.

—¡Oh! ahora no puedo disfrutar esa diversión, respondió Taupin; pero veinte años atrás, en vida de mi difunta, iba con frecuencia al palacio de Borgoña. Si hubiera sido libre para elegir mi destino, ¡con qué dicha hubiese salido á las tablas! Pero no se logra todo lo que se desea; me casé, vino la familia con el matrimonio, y Marta es la única que me queda de todos mis hijos.

—Debeis estar orgulloso con tal hija, dijo Corneille suspirando: hé aquí las verdaderas obras maestras de que puede estar el hombre orgulloso.

El poeta tenía tres hijos, varones los tres, y había pasado su vida anhelando la dicha de tener una hija. Taupin, hombre excelente y dotado de facultades sólidas, adoraba á Marta, por quien había sacrificado su *afición artística*; dió las gracias á Corneille, y le dirigió una mirada en que brillaban el orgullo y el sentimiento, una verdadera mirada de padre, cariñosa á la par que altanera.

—¿No pensais en casar á esta niña? preguntó Corneille entrando de lleno en la cuestión.

Marta se estremeció al oír esta pregunta, y presagiando una borrasca, se puso á arreglar apresuradamente los objetos arreglados diez veces ya durante una hora. Taupin soltó el hilo que iba á pasar para unir la suela con el cuero, y lanzando á su hija una mirada en que se leía su descontento, respondió:

—¿Tan mal está conmigo que quiera tan pronto abandonarme?

Marta se acercó al oír estas palabras, y estampó un beso en la frente de su padre que le rechazó suavemente como si temiera ceder á sus caricias. Esta breve escena muda enterneció el corazón del poeta, que se empeñó en apresurar el desenlace. Pero desgraciadamente no era la elocuencia una de las cualidades del célebre escritor; hablaba con poco desembarazo, su voz era monótona, su acento desagradable, y Condé decía con verdad al hablar de él, que solo podía oírsele en el palacio de Borgoña. Sin embargo, habló con franqueza á Taupin, y la franqueza es con frecuencia convincente.

—Esta muchacha me ha contado sus pesares, le dijo.

—¿Qué pesares? preguntó Taupin devolviendo al poeta el zapato con su improvisado remiendo.

Corneille miró la obra, movió la cabeza y dijo sonriendo:

—A pesar del remiendo, esto no durará tanto como yo. Y dió el otro zapato al maestro.

—¿Os ha hablado sin duda de su German? preguntó Taupin continuando su trabajo. ¡Qué ingratos son los hijos cuando son mayores y qué poco somos para su corazón!

—¡Y qué egoistas somos los padres! respondió Corneille en voz baja... Pues sí señor, añadió en voz alta, me ha hablado de su German Bernois, el mancebo mayor del pañero de enfrente.

—¡Charlatana! exclamó Taupin, os habrá tomado por otro.

—No la acuseis, dijo el poeta á quien hizo reír la reflexión del zapatero; yo fui quien pregunté... La ví llorar!

—Lloraba! dijo Taupin arrojando bruscamente el zapato que tenía en la mano y mirando á Marta que ocultaba su rostro con las manos. Lloraba!... Hé aquí porque hace algún tiempo la encuentro menos fresca, menos alegre y menos feliz. Loquilla!... Es capaz de enfermar.

Y se levantó para ir á abrazar á su hija con efusión.

—¿Cómo le ha ocurrido enamorarse de ese muchacho? exclamó con algo de mal humor?

—¡Qué importa! Siendo un hombre honrado... dijo Corneille.

—No hay duda, es digno de toda alabanza, respondió Taupin diciendo mas de lo que quisiera.

—Siendo buen mozo... añadió Corneille.

—No puede negarse, respondió el padre.

—Laborioso, económico, juicioso.... ¿qué mas deseais?

—Y me ama! dijo timidamente Marta con voz temblorosa.

—¿Qué podeis responder á eso? preguntó Corneille sonriendo.

Taupin vaciló, abrazó otra vez á su hija, y volvió á continuar el interrumpido trabajo.

—¡Oh! señor Corneille, dijo despues de algunos minutos de silencio; ¿qué quereis que haga si os declarais contra mí? ¿Creéis que no padezco tanto como los muchachos y que los he separado por el placer de atormentarlos? Si he prohibido á German que se presente aquí es porque nunca será mi yerno, y es inútil atizar el fuego que se quiere apagar.

—Voto á tal! exclamó Corneille con impaciencia, hasta ahora no me habeis dicho por qué M. German Bernois no será nunca vuestro yerno. Sois un hombre muy extraño, amigo mío. ¡Cómo! cantais en todos los tonos las alabanzas de ese jóven, reconocis su mérito, creéis en la sinceridad de su amor, y rehusais en conclusion la felicidad de vuestra hija!

—No hay felicidad con miseria, dijo Taupin exhalando un hondo suspiro, y German es pobre...

Corneille miró con desaliento á Marta que se había acercado á su padre, y aquella mirada parecía decir: «¿Qué puede contestarse á eso?» Sin embargo, despues de algunos minutos de reflexion, y no queriendo abandonar el campo de batalla sin haber luchado, el poeta dijo vacilando:

—La miseria! y bien!... ¿por qué hemos de temer tanto á esa arpia? Nuestra debilidad forma tan solo su fuerza, y si todos los pobres la recibieran con valor, se cansaria de perseguirlos. La miseria! repitió Corneille con cierto descontento, ¿os dá miedo siendo German tan jóven? Con valor, juventud y saber, nunca se debe temer á la miseria.

Taupin, que se esforzaba con una destreza digna de mejor suerte en coser un extremo del cuero que se desgarraba con el contacto del hilo, se volvió y miró al poeta con ingenuo asombro.

—¿Cómo, señor Corneille! ¿y sois vos el que hablais así, vos que teneis mas valor, mas saber y mas genio que nadie, y...?

Corneille comprendió, y respondió despues de sonreírse pensando en su situación:

—En efecto, soy muy mal abogado en esta triste causa, y especialmente en este momento; sin embargo, dijo á media voz, deberia estar al corriente de todos los pormenores domésticos...

—Está todo tan caro en París! dijo el zapatero.

—Y sobre todo el pan, murmuró Corneille.

—Y no solo se vive con pan, dijo Taupin que se acordaba de la época feliz en que se alimentaba de bellas letras.

—No, respondió Corneille, desgraciadamente se necesita además otra cosa; pero, ¡qué diantre! no debe desanimarse á los jóvenes, maese Taupin, pues si la vida tiene su parte triste y sombría, también tiene horas alegres y felices.

—No hay duda, no hay duda, dijo el zapatero, pero debemos advertir á nuestros hijos que las ilusiones son pasajeras...

—Silencio! no mateis esas pintadas mariposas, y dejad á los niños el fatigoso placer de correr en pos de ellas...

—Sí, pero para correr es preciso no tener hambre...

—Yo no digo que la miseria sea un tesoro, dijo Corneille sonriendo; pero también se puede ser feliz sin ser rico.

—¡Ah! señor Corneille, dijo Taupin tirando del hilo, toda mi vida me acusaria de haber hecho infeliz á mi hija si cediera á la petición de German. Demasiado he sufrido no pudiendo dar á mi pobre mujer todo lo que necesitaba.

Corneille bajó la cabeza.

Se había terminado el remiendo, y Taupin entregó el segundo zapato á su respetable cuanto necesitado parroquiano. La conversacion no pasó adelante. Corneille dió una moneda y las gracias á Taupin, que le acompañó hasta el umbral de la tienda con demostraciones del mas profundo respeto, y salió sin atreverse á hablar á Marta: ¡tan avergonzado estaba del mal éxito de su intento y tan entristecido por el pesar de la graciosa jóven!

(Se continuará.)

## MADAMA DE POMPADOUR EN COMPIEGNE

6

### LA SOBRINA DE POUSSIN.

POR M. AMADEO DE BAST.

I.

EL CAMINO DE LOS JABALIES.

El bosque de Compiègne, de vegetación mas espléndida y salvaje que el de Fontainebleau y de mas poesía y misterio que el de Rambouillet, ese célebre bosque donde Felipe Augusto halló los vaticinios de la victoria de Bouvines (1), y donde se ven aun árboles gigantes contemporáneos de Carlos el Calvo, está cruzado por una senda escabrosa, desigual y obstruida á intervalos por álamos blancos, tejos y chopos entrelazados por tapices de ortigas, cardos y espinos que hacen su tránsito triste y difícil; llámase el camino de los Jabalies, porque estos animales huyen por él cuando perseguidos por una encarnizada tralla se esfuerzan en volver á su guarida y combatir y sucumbir *pro aris et focis*.

Los cazadores frecuentan muy poco el camino de los Jabalies, y es casi enteramente desconocido para los paseantes del bosque. En algunas raras circunstancias, en los días de gran cacería real, un corto número de curiosos se aventuran á internarse por esta senda solitaria para ver pasar al jabalí hostigado y á los sabuesos que lo persiguen; pero lo mas comun es que á excepcion de los días de caza no se encuentre á nadie en este desierto, cuyo silencio turban únicamente la charla de las urracas, el graznido de los cuervos y el tenebroso y monótono canto del buho.

Sin embargo, en uno de los primeros días de noviembre de 1763 tiritaba de frío al pié de una añosa encina del camino de los Jabalies una jóven de unos diez y seis años escasos, blanca como un cisne y hermosa como una Madona de Rafael; sus ojos azules estaban constantemente dirigidos hácia la entrada del camino por donde aparecía por lo regular la caza real, y llevaba en sus manos un papel que tenía todas las apariencias de un memorial ó petición.

No eran aun las nueve de la mañana y hacia un frío intenso; el viento del norte arrancaba las amarillentas hojas de los árboles marchitadas por el otoño y arrebatada los postres adornos de su espléndido ramaje; algunos rayos débiles del sol doraban á intervalos las copas de los álamos y regocijaban los nidos de los jilgueros y curruacas, pero estos rayos consoladores no llegaban hasta la jóven, que se estremecía bajo su vestido de lana como un lirio á los nocturnos besos del céfiro.

—No vendrá, exclamó dolorosamente la jóven, y mi pobre madrina que espera con tanta impaciencia mi vuelta ¿qué pensará? Hace ya tanto rato que estoy aquí... ¡Ah! el tiempo pasa muy lentamente para los que padecen y esperan. Dios mío, tened piedad de mí!

(1) Felipe Augusto mató cazando en el bosque de Compiègne un ciervo muy viejo, en el cuello del cual se halló un collar de oro puro, y sobre él grabadas estas palabras: *Gratia Deique jure vincas*; lo que quiere decir: *Vencerás con el auxilio de Dios y la justicia de tu causa*. Algunos meses despues Felipe Augusto ganó la victoria del puente de Bouvines (27 de julio de 1214).



¿A quien esperas en un sitio tan solitario? (Pág. 156, col. 1.)

—¿Si rezaría aquí? añadió después de algunos momentos de silencio. El mundo entero es templo y santuario para los corazones puros, dice mi madrina, y voy á recitar algunas oraciones.

La pobre niña se arrodilló al pié del árbol que le servía de abrigo contra el aquilon, cerró los ojos para no distraerse con los objetos exteriores, enlazó las manos y empezó á orar con fervor.

Apenas habia terminado las oraciones que se habia propuesto recitar, cuando sintió que la tocaban ligeramente sobre el hombro, y volviéndose, vió á dos pasos de ella una dama cubierta con una polonesa (1), y cuyo exterior no anunciaba grande opulencia ni titulo muy encumbrado. El rostro de la dama estaba salpicado de lunares (2) que apenas permitian distinguir sus facciones, y llevaba en la mano uno de esos bastoncillos flexibles de junco, marfil y oro que cuarenta años después se conocian con el nombre de bengalas.

—¿Qué haces ahí, hija mia? le preguntó con voz dulce y penetrante y mirando á la jóven con un sentimiento de admiración que en vano reprimia.

—¡Ah! señora, espero, respondió la muchacha.

—Y ¿á quien esperas en un sitio tan solitario?

—A la señora marquesa de Pompadour, pues me han asegurado que hoy debe estar en la caza del rey.

—El rey no cazará hoy, respondió la dama; la partida se ha aplazado hasta mañana.

—¡Cielos! ¿estás segura, señora? exclamó la muchacha ocultándose el rostro con las manos.

(1) La polonesa, como su nombre lo indica, era una moda del Norte, una especie de peinador de terciopelo ó de seda que las damas de la corte llevaban por la mañana en el paseo ó en la caza. La reina María Leczinska, esposa de Luis XV, importó esta moda á Francia, y duró hasta el reinado de Luis XVI.

(2) Los lunares eran unos pedacitos de tafetan negro que las damas de alta alcurnia, y aun las de la clase media, se ponian sobre el rostro para que resaltasen la blancura y el brillo de su tez.

—Segurísima, hija mia. Pero ¿qué tienes que decir á la marquesa de Pompadour?

—Dicen que es buena y compasiva, y venia á implorar su proteccion; dicen que ama y alienta las bellas artes, y venia á invocar sus recuerdos.

—Y bajo qué concepto, querida niña, pretendes contar con la proteccion que prodiga á las artes la marquesa?

—Llevo un apellido célebre en la pintura; pertenezco á la familia de un hombre que dió lustre y honor á la Francia con sus cuadros inmortales y que ha merecido el glorioso sobrenombre de *Platon de la pintura*.

—¿Cuál es el nombre de ese artista?

—Nicolás Poussin; yo soy su sobrina y el último vástago de una raza que ha dado al rey artistas y soldados.

—Eres la sobrina de Poussin! exclamó la dama tomando entre las suyas las manos de la jóven; la sobrina de Poussin.... y eres pobre!

—Pobre, si señora, y tan pobre que es imposible serlo mas. Huérfana desde la infancia, sin haber conocido nunca á mi padre que murió en la última campaña de Flandes, ni á mi madre que pereció de dolor al darme á luz, fui recogida por mi madrina que es viuda de un oficial del regimiento de Normandía. Esta excelente mujer me cuidó y educó como á una hija, me puso en un convento y agotó todos sus recursos para darme una brillante educacion. Un pleito del cual dependia su escasa fortuna y que perdió hace seis meses, la obligó á sacarme del convento y á llamarme á su lado. ¿Qué puedo decirles, señora? nuestra miseria es tan extrema que mi madrina y yo hemos partido de Andely, nuestra ciudad natal, para venir á Compiègne en busca de trabajo. Nos habian asegurado que la frecuente residencia de la corte en esta ciudad proporcionaba á muchas mujeres el medio de subsistir con el bordado ó la costura; pero pronto se ha desvanecido esta ilusion... y faltándonos el trabajo, nos ha faltado tambien el pan.... Ya no poseemos nada... En vano mi madrina me suplica que me separe de ella y vuelva al convento cuya superiora me ama tiernamente, pues no puedo resolverme á abandonar á mi bienhechora, á quien las privaciones mas bien que la edad y la enfermedad tienen apriada actualmente en una casa sin mue-

bles, y de la cual vamos á ser despedidas quizás mañana por el rigor de un propietario inexorable.

—¡Pobre niña! ¡tan jóven y tan desgraciada! ¡tan bella y de tanto talento! exclamó la dama enjugando una lágrima que rodaba por sus mejillas.

—No he dicho nada á mi madrina, continuó la jóven; he escrito una carta á la marquesa de Pompadour, y he venido aquí temprano para presentársela cuando pasara.... Hace ya mucho rato que espero!... Indudablemente se compadecerá de mi miseria, el nombre de mi tio abogará en mi favor, y lograré el consuelo de arrancar á mi madrina de una indigencia espantosa de que soy la causa principal.

—Ese pensamiento es hijo de un alma hermosa, pobre niña, y el cielo os protegerá en la realizacion de tan noble proyecto. Si, teneis razon en confiar, no en la compasion, palabra que no debe pronunciar quien lleva vuestro nombre, sino en la simpatía y en el celo de madama de Pompadour. Sus enemigos—que son muchos—la representan como una ambiciosa que solo se vale de la suprema privanza que goza para satisfacer caprichos ó llenar de oro á sus hechuras. Como extraña á la corte y á sus infames intrigas, habeis sabido apreciar mejor el carácter de la marquesa, hija mia; sí, y estoy convencida de que no le hareis en vano vuestra petición, y que esa mujer tan calumniada probará una vez mas en cuanto estima tiene el socorrer el infortunio y glorificar los grandes talentos y el genio indisputable de una patria que ama y prefiere á todo, hasta al poder, hasta á la vida.

—Tambien vos, señora, respondió la jóven, me pareis muy buena, y mi confianza en vos no tiene límites. Os suplico que entreguéis mi carta á la marquesa de Pompadour.

Y la graciosa jóven presentaba su carta con mano trémula de frio á la bella desconocida.

—Vuestra carta está cerrada y tendré el mayor cuidado en no abrirla. Por otra parte, es preciso que la marquesa sea la única que la lea; los pensamientos de una jóven tienen poder como sus labios y es preciso guardarse de ajar su pureza.

—¡Oh! si yo fuese marquesa de Pompadour! dijo ingenuamente la pobre jóven; hacer bien á sus semejantes y valerse de un poder sin lí-



La sobrina de Poussin se arrojó con rapidez á las plantas de la marquesa. (Pág. 158, col. 2.)

mites para recompensar y consolar, ¿no son las atribuciones de Dios sobre la tierra? ¡Qué venturosa debe ser y qué feliz deben hacerla sus brillantes atavíos, si es cierto que los diamantes y las buenas acciones brillan los unos por las otras y forman el adorno mas precioso de las mujeres!

—No os apresureis á creer que madama de Pompadour es afortunada, dijo la marquesa; mañana la vereis en todo el esplendor de su gloria, y despues de haberla visto, y especialmente despues de haberla hablado, juzgareis si paga ó no bien cara la esplendente auréola que rodea su destino de mujer.

—¿Qué decís, señora? ¿veré... hablaré mañana á la señora marquesa de Pompadour? ¡Qué dicha! ¡Oh! querida madrina, ya estais salvada!

—Oídme, hija mia.... Me olvidaba. ¿Os llamais....

—Cecilia Poussin, señora; ¿quereis que os lo escriba?

—Es inútil; recordaré el dulce nombre de Cecilia, porque el apellido Poussin es familiar á mi admiracion. Oídme pues, Cecilia. Conozco á la señorita Mauricia, la camarista mayor de la marquesa de Pompadour; id al castillo mañana á las diez, decid que os permitan hablar con la camarista mayor, y entregadle de mi parte este libro; ella sabrá lo que quiere decir esta seña, yo la habré enterado de nuestro encuentro y os introducirá en la habitacion de madama de Pompadour.

—¿Señora, cuánta bondad! ¡Cómo! ¿seré tan feliz que pueda hablar á tan gran señora? Yo, tan pobremente vestida, presentarme en el castillo del rey!

—Haced lo que os digo, querida Cecilia, le dijo la dama interrumpiéndola, hacedlo sin temor si deseais suavizar la suerte de vuestra madrina y asegurar la vuestra. Tengo esperanza en la visita que vais á hacer y ya trataré de veros en el cuarto de la señorita Mauricia. Hasta mañana pues, Cecilia. Somos ya antiguas amigas; dejadme que os bese.

—Con mucho gusto, señora, respondió la jóven presentando á su protectora una frente mas blanca que la nieve y que no habian logrado marchitar los disgustos de la pobreza.

La dama estampó un beso en aquella frente, hizo un ademan de afectuosa despedida á Ce-

ilia, y continuó su paseo azotando con el extremo de su baston de marfil las hojas secas que crujian bajo sus piés delicados.

Cecilia se quedó pensativa, y se apresuró á salir del camino de los Jabalies para volver á la carretera. Mientras se dirigia á su casa pensando en su misterioso y providencial encuentro, Cecilia, como verdadera hija de Eva, entreabrió disimuladamente el lindo librito dorado por los cortes que la dama le habia dado como salvoconducto.

Era el *Arte de amar* de Gentil-Bernard.

## II.

### EL TOCADOR DE MADAMA DE POMPADOUR.

Los moralistas y los historiadores han envuelto en el mismo anatema á todas las favoritas de los reyes, y sin embargo una madama de Montespan que inspiró de acuerdo con Colbert á Luis XIV el amor á las artes y á las letras y el deseo de protegerlas; una Nanly Guyn que fué la amiga de Dryden y que no quiso valerse de su ascendiente sobre el corazon de Carlos II sino para socorrer á los desgraciados y defender la causa de los proscritos; una Catalina que salvó en las orillas del Pruth al vencedor de Pultawa, y que ceñida con la diadema de las emperatrices de Rusia tuvo la gloria de llevar á cima la obra de civilizacion inaugurada por Pedro el Grande; estas favoritas, estas queridas y aventureras de amor tienen derecho, sino al respeto, cuando menos á la gratitud de los pueblos. La historia imparcial debe tenerles en cuenta los ejemplos de caridad, de valor y de desprendimiento que sembraron á su paso, y perdonar su flaqueza en gracia de sus beneficios; y no echemos en olvido que si una Diana de Poitiers sacrificó y vendió bajo el reinado de Enrique II los intereses de la Francia, otra favorita, la tierna Inés Sorel, contribuia un siglo antes á la par de Dunois y de la virgen de Vaucoudeurs á expulsar á los ingleses de nuestras provincias y á fundar con victorias la independencia y la libertad de la patria.

La memoria de la marquesa de Pompadour solo ha llegado hasta nosotros cercada de preocupaciones, odios, antipatías y sátiras que engendró en torno suyo su repentina elevacion,

y no se ha tratado de ver, ni se ve aun en el dia, en la mas encantadora, mas graciosa y mas amable de las queridas de Luis XV sino una advenediza del amor, la encarnizada enemiga de Lalande, la adversaria del Parlamento. Madama de Pompadour cooperó con toda su influencia á la supresion de la Compañía de Jesus, y los jansenistas, que eran los liberales del siglo XVII y XVIII, no dejaron por eso de perseguirla con epigramas, folletos calumniosos y atroces diatribas lo mismo que sus enemigos los jesuitas que tenian al menos el derecho de maldecirla. La favorita defendió á los filósofos y á los enciclopedistas, y los primeros, á excepcion tal vez de Voltaire, no demostraron mas gratitud que los jansenistas, y la denigraron á porfia; el mismo Federico tomó parte en el ataque y se movió en versos duros y nada mesurados de la querida del rey de Francia. Si Luis XV no criticaba el gabinete verde del castillo de Sans-Souci, ni los pajes, ni los poemas galotudescos del rey de Prusia, ¿por qué no perdonaba el conquistador de la Pomerania al rey de Francia su madama de Pompadour, su parque de los Ciervos y sus bosquecillos de Trianon?

El odio se transforma ó se apacigua con el tiempo; madama de Pompadour no ha logrado siquiera este privilegio póstumo de los que con su fortuna exasperaron la envidia contemporánea; algunos plagarios, desertores de la escuela del pintor David, se complacieron en añadir el insulto artístico á las maldiciones é injurias calumniosas de los zoilos del siglo pasado, y al bautizar con el nombre de Pompadour todo lo que recuerda la elegancia, la finura y el aticismo del siglo XVIII, han confundido voluntariamente la excentricidad de las modas de aquella época con las aberraciones de algunos talentos secundarios. Estos plagarios y embadurnadores de nuevo cuño ignoran que la marquesa de Pompadour fué una protectora tan inteligente como celosa de las bellas artes, y que la Francia le es deudora tal vez de Pigalle, de José Vernet, de Monsigny y de otros tantos artistas ilustres cuyos ensayos alentó y cuyas obras maestras recompensó generosamente.

El tocador de la favorita ofrecia todas las mañanas un espectáculo tan brillante como original: los ministros, los mariscales de Fran-

cia, los hombres mas ilustres por su cuna, sus dignidades ó su talento se agrupaban en torno suyo, disputando á sus camaristas el cuidado de cooperar á su tocado, y la embriagaban á porfia con las mas finas alabanzas ó los homenajes mas serviles. El incienso que quemaban á los piés del ídolo no era siempre de buena ley, porque la hipocresía corre parejas en las cortes con la corrupcion, y con frecuencia el cortesano que improvisaba el madrigal mas galante ó la metáfora mas mitológica, de buena gana hubiera dado de puñaladas á la que comparaba con la reina Amantón ó la diosa Citeres; pero la marquesa, que tenia sobrado talento para no dejarse engañar, tenia tambien sobrada finura para hacer ver que le enternecian, conmovian ó admiraban tan falaces agasajos. Pagaba con una sonrisa é indemnizaba con una mirada á sus infatigables aduladores, y cuando sus ojos se habian saciado de todas aquellas mentidas genuflexiones, de todos aquellos tributos pífidos y de todas aquellas interesadas protestas, despedía con una mirada á la turba de turiferarios que se esforzaban en ser Narcisos para trocarse bajo las alas de la favorita en un Sejan ó un Mazarino.

La corte de la marquesa de Pompadour habia sido mas numerosa y magnífica de lo acostumbrado en la mañana que siguió á la entrevista del camino de los Jabalies; toda la Francia, para valernos de una expresion de la época, estaba en Compiègne, y los gobernadores de provincia, los generales de ejército y los magistrados superiores se codeaban y confundían en el suntuoso gineceo de la favorita para conquistar una mirada ó mendigar una sonrisa. Ignoraban acaso que esta mirada ó esta sonrisa de la favorita del rey eran para los unos un diploma de duque ó de consejero de Estado, un baston de mariscal de Francia para los otros y una mitra y una cruz episcopal para algunos?

La marquesa habia sido muy sobria de sus encantadoras y mudas promesas de favor, habia distribuido con poca largueza sus regalos mimicos y parecia estar preocupada. En vano el canceller Maupeou, á despecho de su toga y de su placa del Espíritu Santo, habia tratado de divertirla adornando á Loquilla, la perrita favorita de la marquesa, con una cinta bordada de cifras y arabescos, y en vano el duque de Richelieu se desvivió por enseñar á Tisbe, la cotorra que participaba con Loquilla del cariño de la marquesa, algunas palabras del vocabulario de Port-Mahon, pues madama de Pompadour recibió con la mayor frialdad todos los esfuerzos de cortesania y de jovialidad y no se dignó alentar ninguno.

De modo que cuando se terminó el tocado y madama de Pompadour dijo: *Caballeros, el rey va á salir muy pronto de caza*, todos se apresuraron á retirarse con intencion de volver al día siguiente al aposento de la favorita.

Únicamente el duque de Richelieu y el canceller Maupeou insistieron en quedarse al lado de la marquesa.

—Cómo, señores, dijo esta, ¿no vais á la caza real?

—Señora, respondió el canceller, ya veis que mi traje no es propio de una caza y que no convendría á un canceller de Francia el presentarse con tal talante en los bosques. La austera Temis puede muy bien pasearse por los bosquecillos del Gnido, pero no puede sin comprometerse seguir las huellas de las ninfas de Diana.

La marquesa sonrió ligeramente al oír tan pagana é insulsa respuesta, y volviéndose hácia el duque de Richelieu, le dijo:

—Vos, señor mariscal, no podeis alegar la misma excusa, pues no vestís la toga del señor canceller y lleváis aun las armas de Port-Mahon. Y esas armas serán muy propias hoy en el bosque de Compiègne, pues se va á hacer la guerra á tres jabalies que son el terror del país.

—Tendría el mayor placer, señora, respondió el mariscal, en combatir á esos terribles jabalies á falta de otros enemigos, pero caí ayer del caballo, y ha sido preciso todo el afán que me impulsa á venir á presentaros mi homenaje y mi respeto para obligarme á salir de mi habitación.

—Veo, caballeros, dijo la marquesa con una jovialidad que no fingía, que sois dos inválidos, el uno por su categoria y el otro por desgracia; pero es mi voluntad, señor de Maupeou, que asistais á la caza á pesar de vuestra toga, y vos, señor mariscal, á pesar de vuestra caída. Vendreis los dos en mi carroza, y seguiremos la caza que no dejará de ser interesante. Odio la caza del ciervo, porque me entristece y me arrancan lágrimas los gemidos de la pobre víctima, pero me place en extremo la del jabali. Es un animal feroz y dañino, y á pesar de su valor no me inspira tanta compasion. ¿Acceptais, caballeros, mi proposicion?

El canceller y el mariscal se inclinaron respetuosamente:

—Esperadme en el salon azul, porque antes de salir tengo que dar algunas órdenes sobre mi traje de caza. Por otra parte no os fastidiaréis en ese salon; hallaréis allí probablemente á Vanloo, el pintor que me enseñó de dibujo, y á Monsigny, mi maestro de música, con los hábiles escultores Pigalle y Foucou..... Podeis retiraros, señores!

El duque y el canceller salieron y la marquesa llamó á su camarista mayor.

Entró la señorita Mauricia.

—¿Está allí Cecilia Poussin? preguntó la marquesa.

—Sí señora, respondió la camarista mayor, y trabajo me ha costado moderar su alegría en el momento que os ha reconocido por la dama que tuvo la dicha, segun ella decia, de encontrar en el bosque.

—¿La habeis colocado donde os dije?

—Sí señora, en el gabinete de espejos que comunica con esta habitacion; allí ha podido contemplar á su gusto á la que llama ya su bienhechora, y ha podido contar los ramilletes que os han regalado y oír los cumplidos que os han dirigido. ¡Oh! ¡qué alegre estaba la pobre muchacha! Sus exclamaciones de cariño, de admiracion y de gratitud para con vos me llegaban al corazón. Es una hermosa y cándida niña, señora, y á pesar de su timidez y candidez revela mucho talento.

—¿Es cierto, Mauricia? Es una encantadora criatura.

—Un ligero incidente ha estado á punto de frustrar vuestros proyectos, continuó la señorita Mauricia. Mientras Cecilia Poussin miraba con afán la escena tan nueva para ella que pasaba ante sus ojos, el rey ha llamado á la puerta del gabinete de espejos...

—¡El rey! exclamó la marquesa, ¡el rey! ¿Había visto entrar á Cecilia en el castillo?

—No lo creo, señora.

—¿Qué habeis hecho en este caso? Supongo que no habeis abierto á S. M.

—Ciertamente que nó, señora; yo misma he pasado un cerrojo mas y he dicho á S. M. que estaba ocupada en arreglar vuestro traje de caza y que no podia entrar. El rey me ha mandado entonces al través de la puerta que os dijera os dieseis prisa en vestiros porque no queria salir sin vos á la caza.

—¡Ah! exclamó madama de Pompadour como librándose de una duda ó de una pesadilla.

Mordiéndose ligeramente los labios, reflexionó un instante y dijo á la señorita Mauricia que introdujera á Cecilia.

La camarista abrió la puerta del gabinete, y la sobrina de Poussin se arrojó con rapidez á las plantas de la marquesa.

—Levantaos, hija mia, levantaos, dijo la favorita con dignidad; recordad el nombre que llevais. Solo deben doblarse las rodillas ante dos potestades: Dios y el rey.

—¿Con que erais vos, señora marquesa, erais vos la que ayer me alentó y consoló en el bosque? ¡Ah! debía haberlo conocido por vuestra bondad mas bien que por vuestra hermosura. Pero ¡qué dichosa soy en veros en medio de tanto esplendor y magnificencia, señora marquesa! tanta grandeza es digna de vos, porque hallándoos tan cerca del trono, solo invocais su poder para proteger las artes y socorrer al desgraciado.

—No envidiais mi suerte, querida Cecilia, respondió madama de Pompadour, y no os dejéis seducir sobre todo por la aparente sinceridad de esos homenajes que habeis visto prodigarme. Ese canceller que manchaba con el polvo de mis piés su toga y su placa azul; ese

duque y par, que no se ruborizaba de divertirse mi cotorra; todos esos aduladores y cortesanos de cada día y si quisiera de cada hora serian mis mas crueles perseguidores si llegara á faltarme de pronto la amistad del monarca. Me perseguirian, me desterrarían, me.... perderian con el mismo ardor que emplean en adularme... ¡Oh! los conozco muy bien, querida Cecilia, y mas de una vez llego á echar de menos con pesar mi modesta fortuna y la tranquilidad de alma y de corazón que solo se encuentra en la virtud, y no bajo los pomposos artesanos de Versailles y de Trianon.

—¡Ah! señora...

—Pero bastante hemos hablado de mí y de mis pesares; ocupémonos de vos y de vuestra suerte. Teneis el memorial dirigido á la marquesa de Pompadour por la sobrina de Nicolás Poussin? añadió la favorita sopriendo.

—Sí señora, aquí está.

Madama de Pompadour lo leyó con atencion, pero lo que excitó especialmente su curiosidad fueron los documentos genealógicos de la familia de Poussin y las cartas de este hombre ilustre que Cecilia tuvo la feliz idea de unir á su memorial.

—Todo está bien, añadió la marquesa, y lo mas precioso es esto, dijo designando las cartas del autor del *Diluvio*. Cecilia, querida Cecilia, á mucho podeis aspirar con semejantes ejecutorias de nobleza.

—¡Oh! señora, solo aspiro á merecer vuestra amistad y á nada mas, respondió la ingenua y cándida jóven. Pero ¿no veis, señora marquesa, como se juntan á la vez dichas sin cuento? En el momento que tenia el honor de hablar ayer con vos en el bosque de Compiègne, un caballero se presentó en casa de mi madrina y tomó apuntes sobre su situacion y sobre la mia; ese caballero es empleado en la corte, y habiendo sabido no sé cómo que mi madrina era viuda de un valiente oficial del rey, desea, segun manifestó, recomendarlos al ministro de la guerra.

—Querida Cecilia, los poderosos no buscan protegidos ni desgraciados, porque se reservan su influencia para sí y para.... sus pasiones. Ese caballero es un intrigante.

—No lo creais, señora marquesa, las vecinas de mi madrina que le vieron han dicho que se llamaba... se llamaba... ¡Oh! no lo recuerdo, dijo Cecilia haciendo memoria, pero hay un rey de Francia que lleva por apodo su nombre... ¡Ah! ya me acuerdo! es M. Lebel (1).

—Lebel! exclamó la marquesa; Lebel, el primer ayuda de cámara del rey! ¡Qué sospecha... y qué idea!

—¿Cómo, señora, ese hombre seria...

—Silencio! silencio! dijo madama de Pompadour interrumpiéndola, no digais una palabra mas, hija mia.

En aquel momento la señorita Mauricia abrió la puerta del gabinete y entró rápidamente y despavorida.

—El rey, señora, que se impacienta y viene á buscaros acompañado del canceller y del duque de Richelieu: ya suben por la escalera principal.

—Retiraos, Cecilia, dijo madama de Pompadour levantándose precipitadamente; ya terminaremos nuestra conversacion mañana.... Venid al pabellon de los Cisnes, al extremo del jardin del castillo... ó mas bien Mauricia irá á buscaros á vuestra casa y os acompañará hasta allí.

—Señora, os pido un favor... permitid que os bese la mano, dijo la jóven turbada con aquella peripecia.

—No, quiero estrecharte contra mi corazón, Cecilia.

La sobrina de Poussin se arrojó en los brazos de la marquesa que la estrechó afectuosamente contra su seno.

—Hasta mañana, Cecilia, hasta mañana!... Pero salid al momento... Mauricia, no os separéis de ella hasta que salga del castillo.

—Fiad en mí, señora.

La marquesa volvió á sentarse tranquilamente en el sillón que acababa de dejar con tal agitacion un momento antes, compuso su

(1) Lebel, primer ayuda de cámara de Luis XV, era el ministro secreto de los placeres del monarca.

ademan, se puso á *Loquilla* sobre su falda y empezó á mover con las tenacillas de acero el fuego de la chimenea.

Apenas habia terminado sus preparativos de calma y frialdad afectada, cuando se oyó la voz del ujier que gritaba:

—El rey!

(Se continuará.)

## VIAJES.

### Diario de una Institutora en Rusia.

FOR LA SEÑORITA MARIA NÉVILLE.

(Continuación.)

#### IX.

Todos los días vemos pasar tropas que se dirigen al teatro de la guerra, y cada regimiento tiene una imagen de santo á la que el soldado profesa una veneración supersticiosa. Esto me trae á la memoria la imagen de una Virgen que ví en una de las calles de Moscou en una capillita y por delante de la cual no pasaba nadie sin arrodillarse. Esta panaggia hizo la campaña de 1812.

El burmestre que tiene el príncipe en la hacienda donde nos hallamos es un antiguo cabo que ha seguido las campañas de Polonia y del Cáucaso, lo cual le dá naturalmente mucha importancia á sus ojos y á los de sus compañeros. Este veterano, de quien he merecido un profundo cariño, me ha contado su historia que podrá darnos una idea de la suerte del soldado ruso.

—Tal como me veis, me dijo, con mi graduación de cabo y mis veinte años de servicio, no he tenido siempre decidida afición á la carrera militar, y hubo una época en que al pensar tan solo que el reclutador podía presentarse de un momento á otro y raparme la mitad de la cabeza, me hacia erizar los cabellos de pueril terror. Sergio Sergewich! me decía con frecuencia, en vez de esperar que llegue el hombre que tanto temor te inspira, sería más prudente imitar el ejemplo de otros muchos y huir á los bosques, donde no correrías al menos el peligro de pasar por baquetas á la falta mas insignificante en el servicio. Comuniqué mi proyecto á un compañero á quien esperaba arrastrar en mi fuga.

—No seas tonto, me dijo, no te vayas; tú eres vigoroso, robusto y buen mozo, y antes que piensen en tí pasarán muchos años. Ya sabes que el barina tiene el brazo muy largo y las arcas llenas, y entregará primero al reclutador todos los siervos enfermizos ó raquiticos de sus dominios. Poco provecho pueden sacar de mí, añadió enseñándome sus brazos flacos y descarnados, de modo que estoy seguro de que me enviarán en el primer alistamiento.

Cumplióse al pié de la letra el vaticinio de mi compañero á quien se llevó el reclutador en compañía de otros jóvenes tan inválidos como él. Vi partir á todos los mozos de la aldea, pero me llegó por fin mi turno, me raparon como á todos el cabello, me pusieron trabas como á los caballos y me encontré inesperadamente al aire libre en compañía de un centenar de guerreros de mi ralea, pasando la noche al raso y esperando que asomase el día para emprender el camino de Polonia. Se trataba de un viaje de unas seiscientas á setecientas leguas de camino. Cuando salimos de nuestro país éramos cerca de trescientas personas de todas edades y condiciones, pues se hallaba también entre nosotros el molinero Roslaff, hombre que pasaba de los cuarenta años, y cuando llegamos á nuestro destino éramos apenas ciento; el cansancio, el mal trato, el pésimo alimento, las noches pasadas en cárceles estrechas y mal sanas, amontonados y revueltos con los malhechores, y los altos en medio de terrenos pantanosos habian causado la muerte á las doscientas restantes.

Cuando entré en el regimiento me raparon la otra mitad de la cabeza y me pusieron el capote. Mi coronel quiso que fuera tambor, y héme aquí ya tocando la caja durante cuatro

horas diarias, sin contar los demás ejercicios. Se esmeraron especialmente en enseñarme á recibir puntapiés, puñetazos y pellizcos de mis superiores sin exhalar la menor queja, aunque no sea esto siempre una cosa tan fácil. Recuerdo que un día hallándome de guardia en el punto llamado *Haupt Wacht* en Varsovia, incurri en no sé que falta en una de mis baterías; ya me acuerdo, me equivoqué al anunciar la presencia de un jefe de estado mayor encargado de visitar las guardias. Acababa de colgar mi tambor y de poner mis dos baquetas en los tubos de metal de mi correa, cuando se acercó hácia mí tranquilamente el capitán que nos mandaba, llevando las manos cruzadas en la espalda. Al instante quedé inmóvil, llevé una mano á la visera de mi morrión y dejé caer la otra á lo largo de la pierna, según manda el reglamento. El capitán, sin pronunciar una palabra, sacó lentamente mis dos baquetas de la vaina volviéndolas por el extremo mas grueso forrado de cobre, y antes que tuviera tiempo para pensar lo que iba á hacer con ellas, sentí su duro contacto sobre mi barba. El golpe fué tan violento que mi shakó perdió el equilibrio, y brotó la sangre de mi boca. Tres golpes me descargó sucesivamente con la misma violencia, y despues del tercero, volvió á poner en su sitio las baquetas con la misma sangre fría que las habia sacado. «Esto es para que aprendas, me dijo en voz baja al marcharse, que no se ha de tocar mas que cuatro veces cuando es un mayor el oficial de ronda.» Perdí dos dientes á costa de esta lección y estuve un mes en el hospital, pero no se me oyó exhalar ni el mas débil quejido durante mi corrección. Esto me valió una buena nota y la recomendación de mis jefes. Es preciso no obstante confesar que los oficiales tratan á los reclutas con mas rigor que á los demás soldados, porque saben que los señores solo piensan en desembarazarse de sus siervos inútiles para el trabajo por sus vicios y su holgazanería, y como forma parte del ejército la hez de cada comarca, hay mas necesidad de sujetarlos por medio de rigurosos castigos. Pero no es lo mas terrible durante los primeros años del servicio el rigor de la disciplina, sino la nostalgia; no podeis figuraros cuanto hace padecer esta enfermedad. Veinte veces estuve á punto de desertar... mas ¡estaba tan lejos mi cabaña! Pasaba el tiempo para distraerme formando proyectos para el día en que saldría de las filas, y eso que me faltaban veinte años. No olvidaré jamás cuánta envidia tenia á uno de los tambores del batallón que, habiendo cumplido su tiempo, debía salir á los dos días del regimiento. Ya le creía en camino, cuando al día siguiente le ví redoblar como de costumbre en la formación.

—¿Aun estás aquí? le dije con asombro; ¿cuándo partes?

—No parto ya, me respondió; ayer bebí mas kwars de lo regular, encontré al coronel á quien no hice el saludo tan pronto como debía, y me ha condenado á continuar el servicio.

—¿Y cómo es que te veo tan alegre?

—¿Por qué habia de afligirme? No sabia á donde ir; todos mis parientes han muerto desde que salí de mi país, y el único recurso que me resta es tocar el tambor hasta que me falten las fuerzas. ¿Qué hubiera sido de mí? Aquí al menos todos los días tengo un pedazo de pan.

El sueldo del soldado ruso es bastante escaso: un soldado ruso no tiene mas que cinco rublos al año; pero no creais que están mejor pagados los oficiales: un coronel tiene seiscientos rublos; un teniente coronel quinientos; un comandante, cuatrocientos; un capitán, trescientos, y un teniente y un subteniente, doscientos. Tal vez me preguntareis cómo puede mantenerse un coronel con seiscientos rublos y un suplemento para gastos de mesa, pero habeis de saber que estos señores continuamente están pidiendo gratificaciones y las consiguen con frecuencia, y que los demás se unian la mano con las fornituras y cobran el sueldo de los muertos ó enfermos, lo cual les produce cantidades considerables. Los oficiales tienen otros recursos que suplen la miseria de su sueldo. Un mes despues de llegar á mi regimiento me llamó mi capitán y me dijo:

—Tambor Mitofan, ¿qué oficio tenias antes de alcanzar el alto honor de servir al czar?

—Mi capitán, le respondí, cultivaba la tierra y durante el invierno remendaba las botas de la aldea.

—Zapatero, excelente oficio; casualmente hay muchos en este país y todos estarán orgullosos de contar entre sus oficiales un individuo del ejército del emperador. Desde mañana irás á pedir trabajo en nombre del capitán Jacowitz.

—¿Y quién tocará entretanto el tambor?

—No te dé eso cuidado, valeroso Mitofan; desde este momento te relevo del infimo empleo de tambor para ascenderle al grado de fusilero; figurarás en las listas de la compañía, pero quedas desde hoy exento de todo servicio. Sé que tienes afición á tu oficio, y por consiguiente remendarás botas y no te olvidarás de entregarme íntegro el producto de tus nobles tareas.

En efecto, añadió Mitofan, dejé el tambor por el tirapié, y todas las semanas entregaba mi salario al capitán, que se dignaba gratificarme de vez en cuando con uno ó dos copeks. No era yo el único que trabajaba en provecho suyo, pues otros veinte compañeros, que se dedicaban á los oficios de sastre, serradores, albañiles, silleros, etc., le entregaban tambien exactamente el producto de su salario. De otro modo, ¿de qué servirían las charreteras? Todos los oficiales rusos hacen otro tanto, y suplen con estos gages la mezquindad de su sueldo.

Mi capitán era por otra parte un hombre muy ingenioso. Cuando el juego habia vaciado su bolsillo, fracasó que le sucedia con mucha frecuencia, reunia á los oficiales de la compañía para decirles:

—Señores, mañana se pasará revista de sacos; que no falten las provisiones.

Se daba la orden al momento; al día siguiente cada soldado se presentaba en la revista con el saco lleno de trigo que exigía al patrón en cuya casa estaba alojado, y se vaciaba todo en talegas que se vendían en seguida á los judíos en beneficio del capitán. Cuando se agotaban los recursos de un punto se pasaba á otro, y apenas llegábamos á la aldea el capitán se reservaba una docena de alojamientos. Se instalaba en la casa del labrador ó del mercader mas rico, y nos enviaba á las casas de los demás con el encargo de decirles: «Hermano, el capitán Jacowitz no quiere causarte la incomodidad del alojamiento, y te suplica que le envíes en compensación algunas provisiones para su mesa.» Hecha la petición, se pasaba á cumplirla sin tardanza; y se reunían en casa del capitán, pan, carne, legumbres, leche, huevos, pollos, gallinas y ánades que se enviaban á vender en la ciudad inmediata.

Yo fui casi siempre muy afortunado en mis correrías, y llevaba lo mejor de cada casa á la despensa del capitán. Un día me dijo: «Mitofan, desco recomendar tu celo, y no se dirá que un provisionista como tú pasa su vida sin lograr ningun ascenso; te nombro cabo de la compañía.» Si el capitán Jacowitz no hubiera muerto en una emboscada de circasianos en el Cáucaso, hubiese hecho carrera en el ejército y hubiese llegado cuando menos á sargento mayor, porque me distinguí en una ocasión muy importante.

Cuando Mitofan daba rienda suelta á sus recuerdos militares, no era tan fácil detener su lengua, cosa que no traté de hacer jamás, porque me interesaban sobremanera sus relatos. Continué pues de este modo:

Era en 1832; nos hallábamos ocupados sin cesar en conducir á la frontera largas cuerdas de polacos que eran trasportados por mandato del emperador á climas infinitamente mas ventajosos á su salud, como decía el capitán Jacowitz. Pero aquellas pobres gentes manifestaban muy pocas ganas de conformarse con las miras paternas del czar, y era preciso amenazarles á cada instante con la bayoneta para hacerles dar un paso. Mas de una vez, al ver á los cosacos que los esperaban en la frontera para acompañarlos hasta su destino, tenían la ingratitud de rebelarse y era preciso valerse del fusil y de la espada. En una de estas escaramuzas recibí una herida en la cabeza que me envió por tres meses al hospital. En un principio me dieron por muerto, pero por



Convoy ruso.

dicha mia equivocaron los médicos el pronóstico, y al terminar el tercer mes pedí el alta para volver al regimiento.

—Vienes á tiempo, me dijo el capitán Jacowitz al verme; el gobierno te necesita para un grave asunto. Deseando como siempre hacer un favor á esos malditos polacos, el czar ha mandado que se prendan todos los niños del país, huérfanos, vagos ó pobres, y que sean conducidos á Rusia, donde se les dará una educación, un estado, en una palabra, todos los medios para que lleguen á hacer carrera en el mundo. Debemos en cuanto nos sea posible secundar las intenciones paternales de nuestro augusto soberano, por cuya razón quedas encargado, Mitofan, de apoderarte de tantos niños como puedas. Estos picaros de polacos son capaces de adoptar todos los huérfanos y de ofrecer un asilo á los vagos, pero tú no te dejarás engañar con tan necios ardides; por otra parte los niños pobres tratarán de ablandar tu rigor. ¿Qué es el hombre que no tiene al menos una docena de miles de rublos para gastar al año? Un miserable, un pobre de solemnidad. Todo niño que no esté destinado á disfrutar una fortuna semejante queda incluido en el ukase imperial y puedes clasificarlo sin vacilar de pobre. Solo me falta, Mitofan, hacerte una advertencia. Un hombre tan perspicaz como tú no dejará de conocer indudablemente que si nos limitáramos á recoger los niños por las calles, no cumpliríamos con toda exactitud el fin esencialmente filantrópico que se nos ha designado, y por esta razón te aconsejo que entres en las casas y te apoderes de los niños que encuentres, porque si no son huérfanos, vagos ni pobres, podrían serlo, y esta duda nos basta para aplicarles la ley.

El lenguaje y los ademanes del capitán Jacowitz me manifestaron que su celo ocultaba alguna intención secreta, y que el látigo haría andar de prisa á los perezosos. Empecé por consiguiente con afán la caza de muchachos, y me atrevo á decir que nadie hizo tanto acopio de niños polacos como yo para las colonias rusas. Todas las tardes volvíamos mis compañeros y yo al cuartel rodeados de un rebaño de chiquillos, que por la noche se enviaban por remesas en carruaje, y ya no se volvía á hablar mas de ellos. Las madres lloraban y se arrancaban los cabellos, y todos los

dian armaban tumultos delante de la puerta del cuartel, pero no hacíamos mucho caso de tales desahogos. Cuando los gritos y lamentaciones parecían algo incómodos al capitán Jacowitz, nos mandaba que acometiéramos á la bayoneta el batallón femenino, y todo quedaba en silencio sepulcral. Recuerdo sin embargo que una madre, mas animosa y desesperada que las demás, penetró en el patio y se arrojó á los pies del capitán.

—¡Por favor! exclamaba, ¡por favor!... devolvedme mi hijo!

—¿No conoces, díjola el capitán, que estará mil veces mejor en el país donde se le envía que en tu casa? Eres demasiado pobre para educarlo y sostenerlo.

—¿Quién os ha dicho que era pobre? Os han engañado; soy rica.

—En ese caso es diferente; prueba que dices verdad y recobrarás tu hijo.

—¿Qué he de hacer?

—Una cosa muy sencilla por vida mia! traerme trescientos rublos. ¿Qué puede importarte tan poco dinero si eres rica?

La madre guardó silencio y bajó los ojos con sombría desesperación.

—¿Qué respondes?

—¡Bárbaro! mantendría á mi hijo con mi trabajo, pero no tengo dinero, porque sabes que tus soldados nos han arrebatado cuanto poseíamos.

—En ese caso, respondió el capitán, sacadla al momento de aquí, muchachos, y el que estime en algo sus costillas que se guarde bien de dejar entrar á nadie mas en el cuartel.

(Se continuará.)

## FÓRMULAS.

### Blanco excelente para los brazos y cara.

Se toman cuatro onzas de talco (jabon de safre) reducido á polvo fino, y se ponen en infusión por quince días en una libra de vinagre bueno destilado, agitando varias veces al día la redoma que lo contiene, menos el último día: entonces se saca el vinagre por decantación sin remover el precipitado: luego que se haya sacado el vinagre, se le sustituye con

agua bien clara y filtrada; se revuelve bien, y se echa en una cazuela muy limpia, en donde se deslie bien en el líquido por medio de una espátula de madera ó cristal, se deja precipitar, se saca el agua por decantación y se continúa lavándolo de este modo por seis ó siete veces, siempre con agua filtrada. Estando el polvo tan blanco y suave como se apetezca, se pone á secar resguardándolo del polvo que podría ensuciarlo; una vez seco se pasa por un tamiz de seda fino, y se guarda para el uso.

El mejor modo de emplear este blanco consiste en mezclarlo con una corta cantidad de pomada bien blanca, la cual se estienda sobre la cara, brazos, etc. frotándolo hasta que haya desaparecido lo reluciente de la pomada.

Este blanco es de los mas inofensivos que se conocen, por lo cual recomendamos su uso con preferencia á toda otra composición.

### Para hacer desaparecer las manchas encarnadas y los granos de la cara.

Se toman dos onzas de estoraque, dos de benjuí, media onza de raíz de lirio de Florencia, se muele todo, y se pone en una vasija con dos cuartillos de espíritu de vino en digestión en el baño de María ó al rescoldo por veinte y cuatro horas, y estando el líquido posado, se echará lo claro en una botella de vidrio y se conserva para el uso. Para hacer uso de este alcoholato, se vierten en el agua con la cual se lava la cara algunas gotas de él.

### Modo de hacer coral artificial.

Se toman astas de cabra, se hace de ellas polvos ó raspaduras, se ponen en una lejía hecha de cal y cenizas graveladas, y así se deja por unos 13 días ó mas; y cuando se ha convertido el todo en una especie de pasta clara, se le añade vermellón en polvos muy sutiles, en cantidad suficiente para dar color de coral á la masa, se hierva todo junto hasta que toda la masa queda espesa, se quita del fuego, y se echa en moldes untados con un poco de aceite de linaza ó mejor de nueces muy claro y reciente. Esta composición imita muy bien el coral, y puede servir para vaciar toda clase de objetos, como brazaletes, camafleos, etc., etc.

Por todo lo que antecede, F. GABAÑACH, editor responsable.

Imprenta del DIARIO DE BARCELONA, á cargo de Francisco Gabañach, calle Nueva de S. Francisco, núm. 17.